

El peso del traje rojo

Adrián Mesa Delgado



Capítulo 1

Su hermano aún vestía el traje rojo, aquel que había costado diez millones de vidas. Kamar lo observaba desde la esquina del despacho, junto a una lamparita que le salvaba de la penumbra reinante en la espaciosa estancia; en el exterior la noche había caído, oculta tras un mar de nubes que emborronaban la luz de las estrellas. En el escritorio, Arfil, su hermano, firmaba las nuevas leyes que Gorfindell, un tipo obeso, despreciable y obsesionado con limpiar sus encías con una aguja cada pocos minutos, tendía delante de él.

El tiempo en la cumbre había desgastado a Arfil. Su portentoso aspecto juvenil que en el pasado se ganó la admiración de un país entero, ahora solo era una sombra demacrada de ojeras tan gruesas como las desgastadas alfombras marrones de su despacho; el cabello, antes negro azabache, se había encanecido; su piel, antes tan tersa y suave que despertaba el deseo de tocarla entre todas las buenas madres de la nación, ahora estaba macilenta y surcada por arrugas como si fueran huertos de papas. Los malditos huertos de papas. Kamar aún tenía pesadillas con la tierra manchada de rojo. Rojo como el traje de su hermano, incluso aquella vestimenta poderosa y elegante había perdido el brillo de la juventud y sus pliegues se deshilachaban más con cada puesta de sol.

El orgullo de Arfil se había desvanecido, víctima del tiempo transcurrido bajo la pesada carga de los crímenes del poder, y su humor se había agriado a la vez que su rostro; en lugar de pasar las noches con su esposa, Hena, se recluía en su despacho, desde donde emitía sonidos que los guardias calificaban como confusos. Muchas veces eran gritos de rabia y aullidos de dolor, y otras gemidos de placer. Habían sido muchas las ocasiones en las que Kamar había encontrado restos de semen en el teclado del ordenador al ir a despertarle por las mañanas; y las ocasiones en que su hermano acudía a ver a Hena, los gritos resonaban por cada pared de la mansión hasta la mañana siguiente en la que su esposa volvía a la cocina con el rostro rebotante de maquillaje.

Un cuadro cubría la pared tras el escritorio, en él residía la antigua imagen de su hermano, época en la que sus padres aún estaban vivos y Kamar y Arfil eran grandes soñadores que pretendían construir una nación libre, donde cada hombre pudiera conseguir por sí mismo todo lo que se proponga; el sueño se había transformado en una espiral de sangre, silencios en el bosque tras los chasquidos metálicos y ruidos gaseosos y ácidos de la que consideraba imposible salir con vida. Otra vez, los malditos campos de sangre volvían a su mente, lo acosaban y pesaban, pesaban demasiado, por eso los hombros de Kamar habían caído hacía años atrás, obligándole a adoptar una postura encorvada ante cualquier colérico y enfermizo designio de Gorfindell que su hermano aceptaba de

buen grado, siempre y cuando le dejaran descansar junto a su ordenador.

La sesión de aquella noche había terminado, así que Kamar se marchó a prisa de vuelta a su dormitorio; el uniforme gris le apretaba demasiado, cada día que pasaba lo soportaba menos, aunque durante su juventud nunca supuso un problema para él. Orgullo y excitación era lo que sentía cada mañana al ajustarse los ropajes.

En su habitación lo esperaba su mujer, Zenaida, ni ella estaba enamorada de él, ni él estaba enamorado de ella; hubo un tiempo en el que los dos sintieron el amor y la pasión, un tiempo que se tornaba confuso al intentar rememorarlo. Su esposa solo conocía el resentimiento, que le clavaba en el pecho con sus bellos ojos azules tan fríos como los días en los que la guerra se dirigió al helado norte; aquella fue una gran victoria, aunque ahora ningún recuerdo emitía un mínimo resquicio de gloria.

En su última discusión, Kamar le había reprochado a Zenaida que si ya no le gustaba su presencia podía dejar la mansión familiar cuando quisiera. No podían separarse sin que la furia de Dios cayera sobre ambos, pero eso no significaba que tuvieran que tolerar el odio del otro para siempre. Cada día estaba más seguro de que no le abandonaba porque sí que estaba enamorada, pero de la posición que había conseguido gracias a unirse a él en matrimonio. Por lo menos, Kamar era incapaz de descargar la rabia sobre ella, había tenido suficiente violencia, la sangre ya no le hervía como en su soñadora juventud.

Su dormitorio era cuadrado, con un amplio techo abovedado de ébano y una chimenea que desprendía un calor agobiante; los criados se encargaban de limpiarlo a conciencia cada mañana, como si eso fuera a limpiar la sangre. Zenaida dormía, su frente perlada de sudor y su mandíbula apretada indicaban que estaba inmersa en una pesadilla. Se recostó a su lado en la enorme cama de plumas de ganso lo más alejado posible de su esposa, el cabecero de la cama era de madera oscura y estaba tallado como una enorme serpiente de dos cabezas que se enroscaba sobre ellos para cegar sus ojos con sus afilados colmillos.

Cerró los párpados, intentando conciliar un profundo sueño, pero otra vez los campos rojos aparecían frente a él, acosándole más allá del hartazgo. Daba vueltas en la cama, haciendo chirriar la madera como si fuera las bisagras oxidadas de una puerta que nunca debió cruzar y, sin embargo, lo hizo a pesar de las advertencias de las bisagras. Sus sueños de juventud ahora eran sus mayores pesadillas. Había pasado de odiar a aquellos ignorantes que se enfrentaban a su voluntad con los puños alzados a odiar todo lo que le rodeaba. Deberían haberlo matado durante la guerra, así no tendría que vivir con la desgraciada y roja carga que había encorvado su espalda.

De repente un escalofrío lo apresó, los largos ventanales se abrieron de par en par con lentitud, apagando el fuego de la chimenea y dejando pasar una niebla que cubrió su vista. Se levantó de la cama, conmocionado, Zenaida seguía víctima de sus pesadillas. Caminó entre la niebla, en dirección al ventanal, con la mano alzada para guiarse. No llegaba nunca a tocar la ventana, ni los muros fríos, ni la chimenea cálida, así que se dio la vuelta para volver a localizar la cama, pero le fue imposible. Estaba en medio de la bruma, sin ver más allá de sus pies, bajo ellos ni siquiera podía ver los azulejos desgastados por la limpieza concienzuda de los criados, sólo un manto gris; la estancia se había perdido y él estaba en medio de la nada.

Un sonido lento y constante llenó el ambiente. Tac...tac...tac. Ante él, apareció un viejo vestido con un traje negro y un sombrero de copa de piel oscura, en su mano sujetaba un bastón rematado en dos alas de plata. El viejo le dirigió una mirada vacía de ojos verdes. Tras él, había un extraño aparato que le sacaba tres cabezas y se alzaba sobre cuatro patas, en el centro del artilugio había un gran reloj de agujas de oro, la causa del tac...tac...tac; la punta del aparato era más estrecha, adornada de tres relojes más pequeños con agujas de plata que seguían al más grande en su incansable y pausado viaje. Tac...tac...tac.

El viejo le apuntó con el bastón, y abrió la boca sin emitir sonido alguno. Aún así su voz áspera resonó en el interior de Kamar mientras movía los labios, provocando terribles temblores a lo largo de su cuerpo que entumecían sus músculos y hacían tiritar sus huesos. Las palabras, tan pausadas como el tac...tac...tac de los relojes le sacudieron como si le golpearan el pecho y la cabeza.

"La vida es el cúmulo del tiempo...La vida ocurre en el pasado y el futuro...El presente solo es la acumulación del pasado...Los crímenes humanos se quedan en el pasado, pero...sus retazos permanecen y componen el futuro...¿Quieres otro futuro?"

Kamar se había arrodillado víctima de la horrorosa debilidad a la que le sometió la voz del viejo, bajó la cabeza ante la punta del bastón que lo señalaba como culpable. Cuando alzó de nuevo la vista, le miró a los ojos y respondió que sí. El viejo se dio la vuelta hacia el aparato y giró unos centímetros las agujas doradas.

Entonces Kamar cayó en un vacío oscuro, descendiendo con el cuerpo totalmente rígido e incapaz de cerrar los ojos aunque quisiera. Las imágenes se sucedieron una tras otra dando color a la oscuridad; vio el deslumbrante traje rojo de Arfil en medio de la Asamblea, arengando a la multitud a que alzarán sus manos con potentes palabras; la nieve fría cayó sobre él mientras las bombas estallaban en el suelo con fuego y muerte en la lejanía; gritos suplicantes de puro terror que conocía bien imploraban por su vida, luego eran cortados por un trozo de cristal, otros

fervorosos aclamaban los Nuevos Principios de la Rectitud que había compuesto junto a su hermano una tarde en una cervecería; Glonfirdell estaba ante ellos, más delgado, haciéndoles una propuesta que no podían rechazar; los puños alzados y ellos dos se encarnizaban con martillos y cuchillos en medio de una calle; la fábrica de su padre era consumida por llamas tan grandes como montañas, luego apareció su padre mostrándoles su recién construida fábrica mientras les animaba a creer en el sueño nacional; su madre les castigaba por haberse metido en una pelea en el colegio; y luego aparecieron rostros deformados por la rabia, el odio, la muerte, la desesperanza, que se fusionaban con la oscuridad cada vez más incipiente, convirtiéndose en una masa de carne negra y gris que se retorció hasta producir una maraña de miles de ojos vacíos, narices rotas y bocas abiertas que aullaban con un chillido agudo y delirante hasta formar una melodía macabra que se fusionaba con los sonidos de huesos rompiéndose, proyectiles siendo disparados, gases ácidos rebosando pulmones, miembros amputados, mordiscos de ratas, vísceras sangrantes cayendo al suelo con un ruido húmedo. Y de pronto, su cara sintió el beso de la madera, en sus ojos solo había oscuridad. No se había dado cuenta del momento en el que cerró los párpados. Al abrirlos, se encontró en un lugar que conocía de sobra, que le reconfortaba con una calidez innata.

El suelo de la mansión familiar desprendía el olor fresco de los pinos, las paredes estaban acicaladas con tapices y frescos de escenas pacíficas y felices, picnics, festivales, almuerzos que mezclaban ancianos, adultos y niños alrededor de mesas colmadas de deliciosa comida. Caminó por los amplios pasillos de muros blancos hasta que la visión del pasado lo paralizó, Quta avanzaba hacia él desde el final del corredor. El amable jefe del servicio que afeitaba a su padre todas las mañanas, se encargaba de que las criadas completaran todo el trabajo correspondiente a su madre si hubieran sido pobres, y cuidaba las heridas que su hermano y él se infringían cuando se caían al suelo jugando. Hacía tanto tiempo que no lo veía que apenas recordaba su nariz ancha, su barriga prominente y su tez oscura, ni siquiera conseguía acordarse de dónde lo enterraron ni de qué enfermedad lo había matado.

Lo iba a descubrir, y daría la voz de alarma porque, por supuesto, era imposible que lo reconociese. Solo sería un extraño que se coló en la casa de sus jefes aprovechando la máscara de la noche. Sin embargo, el afable Quta pasó a su lado sin percatarse de su presencia, no le dirigió ni una pequeña mirada de sospecha. Lo comprendió enseguida, no podía verlo, puesto que él no pertenecía a aquella época.

Subió las escaleras en las que había tropezado varias veces debido a la torpeza característica de su niñez; se encontraba tan embelesado por la visión de su pasada dicha que no se preguntaba qué hacía allí ni cómo se suponía que iba a cambiar el futuro. Sin embargo, lo comprendió a la perfección en cuánto entró en el dormitorio de sus padres, que se

encontraba bañado por una penumbra sosegada por las velas que reposaban en la mesita de noche. Los dos dormían con placidez, los sueños tan amables como Quta les acariciaban los cabellos, lisos los de su padre y rizados los de su madre, quién se acostaba boca arriba debido a la hinchazón producida por un avanzado estado de embarazo; a su lado, un niño de un año y cabello azabache conciliaba un sueño tranquilo en su cuna acompasado por una pacífica respiración. Justo encima de la chimenea, donde solo permanecían unas pocas brasas candentes, reposaba el cuchillo de caza de su padre, casi tan largo como su antebrazo, su filo refulgió gracias a las brasas cortando la penumbra con diminutos hilos anaranjados.

Su mano tembló bajo el peso del arma, y su corazón dio un vuelco al dirigir la vista a la cuna. Un nudo estrujó su garganta más y más con cada paso que lo acercaba a su hermano, las lágrimas se derramaron a través de sus mejillas mientras alzaba el cuchillo, las dudas tensaban su mano temblorosa; diez millones de vidas se perderían cuando aquel pequeño creciera y vistiera un deslumbrante traje rojo, diez millones de vidas podían ser salvadas si no lo hacía. ¿Qué valía un niño frente a diez millones? ¿Acaso sus sueños, que motivarían crímenes inimaginables para las conciencias puras de sus padres, portaban más valor que los de aquellos que fueron las víctimas de sus ambiciones?

Cerró los ojos, la mano descendió, y sintió la horripilante humedad salpicando su pecho y su cara, descendiendo como hilos por sus dedos. En ese momento, volvió a escuchar el tac...tac...tac, y el techo descendió para envolverlo en las tinieblas oscuras y en aquel ensordecedor aullido que se fue disgregando en cientos, con distintas voces y tonos, la masa de carne se separó en multitud de rostros iracundos que vociferaban, las imágenes se sucedieron en reversa a cómo las había visto antes, pero esta vez no estaba su hermano a su lado. A cambio, se vio a sí mismo de pequeño, de adolescente y de adulto frente a una tumba que se iba desgastando bajo el inconmensurable paso del tiempo, dejando flores violetas sobre ella sin derramar una sola lágrima, pues no había conocido a su habitante.

Despertó con los ojos cerrados, pero no estaba en su cama, sino sentado. Un sonido asqueroso y metálico contra la carne le roía el oído. Al abrir los ojos, Glorfindell se encontraba a su lado, poniéndole papeles que él firmaba sin leer; sentía una fatiga que pesaba en todo su cuerpo; frente a él había un escritorio sobre el que descansaba un ordenador que desprendía una pestilencia a semen, sudor y perversión; ese mismo olor le inundaba a él mismo. Su esposa, Zenaida, los observaba desde la esquina del despacho, bajo la pequeña luz de una lamparita que apenas iluminaba la penumbra. Aún así, podía distinguir su rostro camuflado en un espeso maquillaje. Miró hacia atrás, la vista lo conmocionó tanto que sintió su vejiga explotar, de la pared colgaba un enorme cuadro con su

retrato.

Se levantó y se precipitó afuera del despacho que antes había sido de su hermano, corrió desesperado por los corredores hasta su habitación, que ahora estaba completamente vacía a excepción de un espejo enmarcado en ébano apoyado en la pared. En un primer momento, no se atrevió a mirarse, el miedo lo consumía paralizando sus piernas mojadas por la orina, hasta que sintió un empujón en su espalda. Al mirar atrás, no vio a nadie y sus ojos se desorbitaron al contemplar su propio reflejo.

Su cabello antes azabache había encanecido, tenía unas ojeras gruesas como las alfombras de su despacho, las arrugas le surcaban la piel macilenta como las malditas huertas de aquellos malditos campos rojos que volvían a acosarle y a reducirle a un amasijo de culpabilidad y temor de sí mismo. Pero eso no era lo peor, Kamar vestía el pesado traje rojo, que ya no era deslumbrante sino de un escarlata desgastado con los pliegues deshilachados. Arrodillado frente al espejo, Kamar emitió un sonido gutural, una carcajada enloquecida amargada por el llanto incesante. Su espalda se encorvaba a medida que lloraba y reía bajo el peso de los crímenes que lo habían llevado a vestir aquel traje rojo.